

# Iñaki Ezquerro, poeta de la memoria

por Juan José Gómez de Foncea

«*La Ciudad de Memoria*» es un libro sobre el deseo, deseo localizado en una ciudad desde la memoria. No se elucida -el autor lo oculta maliciosamente- si es un deseo de recuerdos o es recuerdo de deseos, si nacen de la sugestión -deseos auspiciados por el Autor pero no realizados- o son fruto de su peripecia históricamente acaecida.

Subyace en el horizonte cultural del libro la controversia de si los deseos son imágenes de las cosas y por tanto el inconsciente es el reflejo de la realidad (inconsciente simbólico de Lacan) o si por el contrario los deseos son impulsos espontáneos que tienen su fuente en el propio sujeto (inconsciente abstracto de Deleuze).

Poco importa averiguar si la Memoria que habita en el libro convoca los recuerdos de los hechos vividos por el poeta o anhela vivir lo soñado. Ambos planos están perfectamente coordinados aunque se adivine su origen diverso.

La dicha de «*La Ciudad de Memoria*» estriba en la evocación estética que la envuelve, pues en último término, como afirma René Girard, toda emoción estética comporta la abolición de todo recuerdo nacido de las cosas ya que el pasado, como todo lo ya fenecido, nos pertenece completamente. Lo muerto, lo inerte tiene la presencia de un monumento de piedra en el que el poeta puede cincelar las formas que le dicte su pasión poética.

Iñaki Ezquerro, dejando a un lado su oficio de marrador, se ha lanzado en esta ocasión al encuentro de su ser estético y a través de él de su ser personal.

Pero para alcanzar esta meta es ineludible la utilización de la poesía.

Ezquerro participa de la idea de que la poesía funda el ser a través del recuerdo. Recordar es mirar al pasado, dar la espalda a la muerte, futuro en donde anida la destrucción del ser, el no-ser la nada. Y poetizar es en esencia recordar. El recuerdo rescata del pasado el sentido de las experiencias, o actualiza aquello que debió ser y no fue, mediante el lenguaje, mediante las imágenes (formas simbólicas del pensamiento), es decir mediante la poesía que dice la esencia indecible de las cosas por inalcanzable o por aún no definitivamente determinada, haciendo suya Ezquerro aquella máxima tan querida por Heidegger «*La poesía es la fundamentación lingüística del ser*».

«*La Ciudad de Memoria*» está estructurada soterradamente (ya que el libro tiene 4 partes) como una sinfonía en tres tiempos diferenciables en el espinoso camino que mana en el presente y sigue su curso hacia la infancia.

La primera clave está comprendida en poemas como «*Extrarradio*», «*La nostalgia inventada*» o el mismo que abre el libro a la manera de introducción y que conforma la primera parte. Es el periodo del destierro de la alienación personal, «*este mundo es la orilla de este mundo*», «*es el momento que cruza a la muerte*». En este momento de extrañamiento, a la manera de Horderlin, desciende a la ciudad antigua para arrancar a las calles a los coches, a los viejos toldos,



# (Comentario al libro "La ciudad de memoria")

los sentimientos olvidados. Descubre Ezquerria el mundo como finitud, como herida eternamente abierta por donde «sus huellas palidecen llamándole asesino y otras víctima».

Pero la memoria viene a salvar al poeta. En las cenizas del pasado real o sugestionado, «polvo de la memoria», de acentos tan cavafianos, se encuentra la acción salvatífica, que, sacando al hombre de su nada biográfica, de su condición de apátrida óntico, le restituye al ser mediante el recuerdo.

¿Recuerdo de qué?. Ya apuntábamos antes la polivalencia de este concepto en Ezquerria. Me inclino a pensar que «La Ciudad de Memoria» parte de un acontecimiento real y concreto que tuvo el «feliz» desenlace de derrumbar al hombre para que el poeta naciera: «También la realidad puede soñarse», «Con que reinos ideales le tentasteis»...

Bien sea la reconstrucción del ser mal-trecho -que impulsa al poeta a desnacerse- una reconstrucción imaginaria o histórica, queda bien patente en el libro que a lo que aspira Ezquerria es al ser plenario, y para tal fin la memoria, lo que fue, y la imaginación, lo posible, son entidades intercambiables.

El libro de Ezquerria es un canto a un deseo imposible, el deseo estético, deseo del recuerdo del que afirmaba Proust «todavía no era el recuerdo del lugar en que me hallaba». Esta segunda etapa de confrontación con la niñez y el pasado va a situar al poeta frente a su identidad exiliada, a atemperar sus ansias, a tomar conciencia de la temporalidad de su ser, de sus límites; a descubrir que el ser, en cualquier etapa de su desenvolvimiento, es siempre igual a sí, siempre produce tedio y cansancio.

Sin renunciar a la perdurabilidad del bien y la belleza, Ezquerria constata que el tiempo es el escenario del conflicto entre suceder y perdurar, «diréis que era la muerte vuestro único secreto y la inmortalidad una leyenda». En el poema «Las Estatuas», eje de la obra, se resuelve la angustia, y se inicia la tercera etapa del retorno al presente. Las Estatuas, cristalización, cosificación de los ideales, que sólo el sueño puede reverdecir, trasmutan en bellísimas imágenes la decepción radical del autor. Nada perdura al paso del tiempo

ni siquiera la obra de arte. «también la piedra tiene su adiós», «Blancas estatuas como ideales muertos / erectas y desnudas sobre el césped/ que adormece y sepulta/ las sombras sin pasado».

Reencontrando los elementos del ser, el poeta dice adiós al pasado y reemprende el regreso a la «tierra natal», al presente, al tiempo del ser. Y así el poema final «La Ciudad de Memoria» que presta su Título a la obra, es la síntesis de todo el libro. Comprensión del viaje hacia la infancia, del sentido de la fragmentación del ser experimentada y su agónica recomposición, de la fenomenología de la poesía y su utilización como método prospectivo, «poesía es la ciencia de un pasado sin días».

Pero la visión, el encuentro con el ser no implica su posesión. Sólo es aceptación de lo irrealizable, fuerza para no caer ante el empuje mecánico de la vida. Llega así Ezquerria al estadio de la emoción estética que según nos dirá Girard «no es deseo si no cese de todo deseo, regreso a la calma y a la alegría».

«La Ciudad de Memoria» encierra una cosmovisión pesimista. La Ciudad, la tierra natal, el ser que germinó en ella en nada se diferencian de la ciudad presente, del ser actual pues las Ciudades como recordaba Amiel, son estados de ánimo que se repiten invariablemente: «una ciudad son todas las ciudades del mundo». El ser no es redimible ni recuperable, el niño lleva ya al adulto en sus balbuceos y este esconde siempre «un niño enamorado».

Sobre la nostalgia del pasado, el desencanto del presente y la desesperanza del futuro, que encierra el libro, planea una pasión, una amarga rebeldía contra todo lo que rodea al poeta, su ciudad, sus pertenencias, su persona refrenada por la brillantez del estilo de que hace gala Ezquerria, en cuyo bosque de imágenes se emboza un ácido crítico y un virulento desasosogado.

**HK** librería herriak

Licenciado Poza, 11 - 48008 BILBAO

#### Planta calle

literatura  
libro vasco  
ensayo literario  
432 49 21  
lingüística - diccionarios  
filosofía - cultura clásica  
derecho - política  
historia - geografía  
sociología - antropología  
ciencias de la información  
bellas artes  
libro infantil - juvenil

#### Planta alta

medicina - enfermería  
443 48 07  
psicología  
pedagogía  
educación física y deportes

#### Planta baja

informática  
443 47 08  
economía - empresa  
ciencias naturales - ecología  
matemáticas - física - química  
filosofía de la ciencia  
agricultura